

05/2020

26 de febrero de 2020

José Pardo de Santayana

La revolución de Heráclito,
todo fluye y nada permanece
en el orden global multipolar

[Visitar la WEB](#)

[Recibir BOLETÍN ELECTRÓNICO](#)

La revolución de Heráclito, todo fluye y nada permanece en el orden global multipolar

Resumen:

La característica del orden multipolar vigente es que va a dar lugar a una realidad internacional completamente distinta y que este mismo va a sufrir una permanente transformación por efecto de unas relaciones de poder cambiantes y de la cuarta revolución industrial. Si en la actualidad EE. UU. es la primera potencia mundial, dentro de dos o tres décadas lo será probablemente China. Durante ese periodo de tiempo el centro de gravedad global se habrá desplazado de Occidente a Asia, poniendo fin a cinco siglos de liderazgo occidental de la historia humana. La crisis del mundo eurocéntrico llevará también asociado el cuestionamiento del sistema de valores que lo inspiró y articuló. Las incertidumbres de una metamorfosis tan revolucionaria del orden mundial aconsejan prudencia en los asuntos estratégicos y un modelo de relaciones internacionales más basado en la coexistencia que en un frentismo de los defensores del orden anterior para oponerse a una transformación tan preocupante como imparable.

Palabras clave:

Orden mundial multipolar, geopolítica, futuro, Occidente, Asia, EE. UU., China, Rusia, cuarta revolución industrial, demografía, transformación, frentismo, coexistencia.

***NOTA:** Las ideas contenidas en los **Documentos de Análisis** son responsabilidad de sus autores, sin que reflejen necesariamente el pensamiento del IEEE o del Ministerio de Defensa.

Heraclitus' revolution, everything flows and nothing remains in the multipolar global order

Abstract:

The characteristic of the current multipolar order is so much that it will give rise to a completely different international reality as that the order itself will undergo a permanent transformation due to the changing power relations and the Fourth Industrial Revolution. If today the U.S. is the world's leading power, in two or three decades China will be. During that period of time the global center of gravity will have shifted from the West to Asia, ending five centuries of Western leadership of human history. The crisis of the Eurocentric world will also lead to the questioning of the value system that inspired and articulated it. The uncertainties of such a revolutionary metamorphosis of the global order suggest prudence in strategic matters and a model of international relations more based on coexistence than on a frontism of the defenders of the former order to oppose a transformation as worrying as unstoppable.

Keywords:

Multipolar world order, geopolitics, future, West, Asia, USA, China, Russia, fourth industrial revolution, demography, transformation, frontism, coexistence.

Cómo citar este documento:

PARDO DE SANTAYANA, José. *La revolución de Heráclito, todo fluye y nada permanece en el orden mundial multipolar*. Documento de Análisis IEEE 05/2020. [enlace web IEEE](#) y/o [enlace bie³](#) (consultado día/mes/año)

Introducción

Heráclito de Éfeso fue un filósofo griego presocrático nacido a mediados del siglo VI a.C. que introdujo en la reflexión filosófica, en la búsqueda del *arjé* –el principio primero–, la importancia del cambio como esencia misma de la existencia. Nada permanece y lo que existe se transforma sin dejar de ser o dando lugar a una realidad distinta. Heráclito es conocido sobre todo por la frase: «Nadie se baña dos veces en el mismo río», ni la persona ni el río son el mismo un momento después. Fue también el filósofo de las paradojas y las contradicciones, lo que hizo que se le conociera como el «Oscuro de Éfeso».

Hoy la figura de Heráclito puede servir como símbolo del complejo y contradictorio orden internacional en transformación, donde «todo fluye y nada permanece», que se está configurando tras el final de las décadas de hegemonía norteamericana. Esto tiene su importancia porque los órdenes globales anteriores: el multipolar de finales del siglo XIX y primera mitad del XX, el bipolar de la Guerra Fría y el unipolar de la hegemonía estadounidense, siendo dinámicos, tuvieron al menos unos parámetros principales con un alto grado de permanencia que configuraron tanto un modelo de relaciones de poder entre las principales potencias como los principios que lo inspiraron, dando carácter a cada uno de estos órdenes. Durante la Guerra Fría se llegó incluso a tener la sensación de vivir en un orden permanente. Al sucumbir la Unión Soviética y quedar una única superpotencia y un único gran sistema de valores de referencia, el vencedor de la batalla entre capitalismo y comunismo, se llegó a hablar del «Fin de la Historia» como el orden internacional definitivo, el democrático-liberal¹.

Sin embargo, desde hace unos pocos años conocemos un nuevo orden mundial presidido por la rivalidad entre las grandes potencias, que se caracteriza precisamente por ser un orden de transición entre dos panoramas internacionales muy distintos. Durante ese periodo de tiempo, que podría durar unas tres décadas, el centro de gravedad de la actividad humana se habrá desplazado de Occidente a Asia; EE. UU. habrá cedido la supremacía mundial a China, una potencia asiática, y la cuarta revolución industrial habrá transformado muchos aspectos de las relaciones entre las personas y entre los actores del panorama internacional.

¹ FUKUYAMA, Francis. *The End of History and the Last Man*. Free Press, 1992.

De la fusión de estos cambios, cada uno de ellos de naturaleza revolucionaria, emergerá probablemente un mundo muy fragmentado en lo relativo a los principios y las referencias que inspiran y articulan la convivencia internacional. Si durante los últimos cinco siglos de liderazgo de Occidente, los usos y categorías de dicha civilización han ido arraigando como referentes de la comunidad internacional, el final de la era eurocéntrica de la historia humana llevará también al ocaso del dominio del sistema de valores propiamente occidental. Como no es esperable que una potencia en concreto vaya a tener un dominio hegemónico global y como Asia no es una realidad civilizacional, sino un espacio donde se han desarrollado varias civilizaciones, no es razonable pensar en la sustitución de un sistema de valores por otro sino, más bien, en la coexistencia de distintas cosmovisiones.

Una característica muy distintiva del actual orden mundial multipolar es la inevitable rivalidad y tendencia a la confrontación entre EE. UU., la actual potencia dominante, y la China emergente; fenómeno que hoy en día se conoce como la «Trampa de Tucídides»². Esta circunstancia lleva asociado el peligro de un mundo dividido y enfrentado según el alineamiento con una u otra potencia. Martin Wolf, en un artículo publicado en *Financial Times* y titulado «La Guerra de los Cien Años entre China y EE. UU.», ha llegado incluso a afirmar: «Estamos ante el acontecimiento geopolítico más importante de nuestra era. Es un momento peligroso porque se corre el riesgo de convertir una relación viable, aunque incómoda, en un conflicto que afecte a todos los niveles y que se podría desencadenar sin ningún motivo de peso»³.

No obstante, sería más acertado utilizar el símil de la guerra de los Treinta Años que el de la de los Cien Años, tanto por coincidir con las tres décadas que Pekín ha determinado como periodo para consumir su ascenso al olimpo del poder global, como por tratarse de un enfrentamiento de sistemas de creencias, como fue el caso de la primera de estas guerras y podría serlo en el actual orden multipolar. La pugna entre católicos y protestantes sería el equivalente al enfrentamiento entre demócratas y autoritarios. La experiencia histórica nos enseña cómo las alianzas basadas en creencias tienden a derroteros pasionales, con efectos a veces devastadores.

² ALISON, Graham. The Thucydides Trap: Are the U. S. and China Headed for War? The Atlantic, 24 de septiembre de 2015. Disponible en <https://www.theatlantic.com/international/archive/2015/09/united-states-china-war-thucydides-trap/406756>

³ WOLF, Martin. *La Guerra de los cien años entre China y EE. UU.*, Expansión, 6 de junio de 2019. Disponible en: <http://www.expansion.com/opinion/2019/06/06/5cf826b9e5fdea832d8b45b7.html>

Este documento pretende reflexionar sobre la naturaleza cambiante y evolutiva del actual orden global multipolar y defiende que, ante tantas incertidumbres y potenciales motivos de confrontación, la coexistencia ofrece mayores garantías para un futuro de paz y desarrollo que el frentismo por parte de aquellas naciones que se resisten a una transformación que hoy parece ya inevitable. Los valores esenciales que se quieran preservar deberán protegerse en el ámbito de cada una de las sociedades, con la esperanza de que lo que es auténtico vuelva a florecer cuando se den las circunstancias propicias.

Configuración de un mundo multipolar

El *Strategic Survey* del *International Institute for Strategic Studies* (IISS) ha ido presentando en sus últimas ediciones un panorama progresivamente más preocupante de la crisis del orden internacional. Si en 2016 afirmaba que «los cimientos del orden global se están debilitando alarmantemente», en 2017 nos decía que dicho año «había sido testigo de una dramática fractura en las alianzas y relaciones estratégicas que antes se consideraban sólidas», y en 2019 reconocía que «ni el equilibrio de poder, ni la gobernanza basada en normas internacionales sirven como principios ordenadores, las instituciones internacionales han sido marginadas y no hay unas pautas predecibles de los asuntos internacionales»⁴. Ya nadie discute que vivimos en un orden internacional multipolar que ha dejado atrás un período de hegemonía estadounidense que se articulaba conforme a los principios y referencias que habían caracterizado al bando vencedor de la Guerra Fría. Dicho sistema de valores: la democracia en lo político, el libre mercado en lo económico, y la libertad, la igualdad ante la ley y los derechos humanos en la relación Estado-ciudadanía, podría entenderse como una proyección a escala internacional del orden interno de los EE. UU, potencia líder del mundo occidental.

Un modelo hegemónico es por naturaleza inestable y antes o después aparecen otros centros de poder que cuestionan la posición de primacía de la potencia que lo preside. Este ha sido el caso tanto de China como de la Federación Rusa que interpretaban que sus intereses no estaban convenientemente defendidos en el orden unipolar, de cuyo diseño habían sido excluidas. Pekín y Moscú coincidían en proponer como alternativa un

⁴ Strategic Survey, IISS, octubre de 2016, 2017 y 2019.

mundo multipolar donde a ambos Estados se les reconociera la condición de potencia global y donde Washington no pudiera reivindicar su condición de *primus inter pares*.

El gran proyecto chino de la nueva Ruta de la Seda que Xi Jinping lanzó en 2013 y, posteriormente, la crisis de Ucrania de 2014 que llevó a la ruptura definitiva de Moscú con las capitales occidentales y al consiguiente reforzamiento de la asociación estratégica chino-rusa, configuraron un entorno geopolítico en clara rebeldía con el orden norteamericano⁵. La intervención rusa en Siria en 2015 y los éxitos militares y diplomáticos obtenidos allí desde finales de 2016 dieron carta de naturaleza a un nuevo panorama internacional multipolar, lo que se vio a su vez favorecido por la reducción del compromiso estratégico de EE. UU. en Oriente Medio. En el XIX Congreso del Partido Comunista Chino, celebrado en octubre de 2017, Xi expresó la inequívoca ambición de devolver al gigante asiático la centralidad perdida, con el objetivo de alcanzar en 2049 la condición de potencia global dominante.

El ascenso de China, con la tendencia a desplazar a los EE. UU. como primera potencia global, hizo que Graham Allison advirtiera en 2015 de la «Trampa de Tucídides», proponiendo una aproximación estratégica prudente que evitara la confrontación entre ambas superpotencias. En diciembre de 2017 la Estrategia Nacional de Seguridad de los EE. UU. reconocía la rivalidad entre las grandes potencias como la prioridad de Washington en materia de seguridad nacional y afirmaba que «China y Rusia son poderes revisionistas que quieren configurar un mundo antitético a los valores e intereses de los EEUU»⁶. En la actualidad somos testigos de una guerra económico-tecnológica entre Washington y Pekín que está en su fase inicial, que se ve entorpecida por la estrecha interdependencia entre ambos Estados y que amenaza con fracturar el proceso de globalización. La primera fase de los acuerdos comerciales y arancelarios firmados por ambas capitales debe entenderse más bien como una pausa estratégica.

⁵ PARDO DE SANTAYANA, José. *Xi Jinping y Putin, dos liderazgos que retan el orden occidental*. Documento de Análisis IEEE 02/2018. Disponible en http://www.ieeee.es/Galerias/fichero/docs_analisis/2018/DIEEEA02-2018_Putin_XiJinping_JMPSGO.pdf

⁶ National Security Strategy of the United States of America, diciembre de 2017.

China, al igual que otras potencias autoritarias, cuenta con la ventaja de tener designios estratégicos de más largo plazo, lo que unido a la interpretación tradicional más elástica del tiempo, rasgo común a las culturas asiáticas, le hace muy resiliente en este tipo de guerras prolongadas y no declaradas.

De la mano de la rivalidad entre grandes potencias el mundo está siendo testigo del debilitamiento del multilateralismo, tal como explica el embajador Jorge Dezcallar en su artículo «El fin del multilateralismo»⁷. Con todas sus imperfecciones, este principio ha sido uno de los grandes avances que la comunidad internacional adoptó como lección aprendida de las guerras mundiales. ¡Con menos multilateralismo habrá que abrigarse más, porque allí fuera hace mucho más frío!

Un orden global en proceso de transformación

Reconociendo el profundo cambio que ha supuesto el paso de un mundo hegemónico a uno multipolar, se añade además la circunstancia de que el nuevo orden internacional, actualmente en su fase inicial, está llamado a caracterizarse por ser en sí mismo un proceso de transformación. Esto se deriva de la convergencia de tres grandes tendencias simultáneas, todas ellas de carácter revolucionario: el desplazamiento del centro de gravedad del mundo desde Occidente hacia Asia; la emergencia de China para superar a EE. UU. como primera potencia mundial; y la cuarta revolución industrial, que no solo tiene el potencial de modificar muchos aspectos de la vida de nuestras sociedades, sino también de alterar las relaciones de poder entre los Estados. La principal característica del contexto global emergente es, pues, que es esencialmente un «orden de transición» que parece inspirado por los principios filosóficos de Heráclito. Este se inicia con EE. UU. como el país más poderoso del mundo y con Occidente todavía en posición ventajosa y acabará con China a la cabeza y Asia dominando el panorama geopolítico. A diferencia de los órdenes internacionales anteriores, no habrá ningún elemento fundamental que permanezca en las relaciones de poder.

⁷ DEZCALLAR, Jorge. *El fin del multilateralismo*. El Confidencial, 2 de octubre de 2019. Disponible en https://blogs.elconfidencial.com/espana/pagina-tres/2019-10-02/fin-multilateralismo-eeuu-trump_2257431

Esto se verá además favorecido por un proceso de evolución demográfica que por sí solo ya alteraría significativamente el reparto de poder en el mundo⁸: la India, cuyo número de habitantes sigue creciendo, se abrirá probablemente paso como potencia global; China cuya población se estanca y envejece, verá contenido su ascenso; Rusia, con una evolución demográfica muy preocupante, pasará por serios apuros⁹ y pugnará por no quedar descolgada; EE. UU., la única sociedad desarrollada con una demografía equilibrada, se verá reforzado tanto frente a China como a Europa; el continente africano, el futuro campeón demográfico, jugará un papel cada vez más importante en los asuntos geopolíticos. Muchas potencias de segundo orden con demografías dinámicas y altos índices de crecimiento económico irán ganando protagonismo. Con el paso del tiempo los equilibrios de fuerzas irán evolucionando y dibujarán entornos geopolíticos distintos a los recientemente superados.

Vivimos además tiempos de cambio acelerado independientes de la reconfiguración del orden internacional. La historia humana es un proceso en el que la velocidad de transformación está sujeta a una ley de aceleración del cambio, algo que se ha ido haciendo progresivamente más evidente desde principios del siglo XIX. Cada vez que la humanidad se dota de un instrumento para transformar la realidad en la que vive, está mejor preparada para abordar el siguiente cambio. Podemos comprobar empíricamente cómo los grandes saltos adelante en los diferentes ámbitos de la actividad humana, transporte, comunicación, medicina... se dan cada vez en plazos de tiempo más cortos. La cuarta revolución industrial forma parte de esta lógica histórica que se presenta imparable y que exige a las sociedades esfuerzos de adaptación cada vez mayores, apuntando hacia un panorama futuro de perfiles darwinianos, donde las sociedades mejor adaptadas prevalecerán sobre las que no sean capaces de resistir un ritmo de transformación tan exigente.

⁸ EBERSTADT, Nicholas. *With Great Demographics Comes Great Power. Why Population will Drive Geopolitics*. Foreign Affairs, julio/agosto de 2019.

⁹ PARDO DE SANTAYANA, José. Retos demográficos de la Federación Rusa. Global Affairs Journal n.º 1, enero de 2019.

En un contexto general de constante innovación, las generaciones jóvenes bien formadas, las más receptivas a nuevas realidades, irán ganando protagonismo en la vida económica de las sociedades, quedando aún más lastradas las sociedades envejecidas.

El desplazamiento del centro de gravedad del mundo desde Occidente hacia Asia acaba con cinco siglos de liderazgo occidental de la historia humana. Esta circunstancia y las consecuencias que iba a tener ya se percibían desde hace tiempo y en 2011 Niall Ferguson lo expuso con gran acierto en su obra *Civilization: The West and the Rest*¹⁰. No obstante, Occidente parecía resistirse a aceptarlo mostrando gran confianza en occidentalizar el mundo desde la firme convicción de la universalidad de sus propios valores. Se afirmaba que China tendría que democratizarse para dar el salto definitivo a la modernidad y al pleno desarrollo. Sin embargo, esto no se ha cumplido y la actitud de Xi Jinping no deja mucho margen para insistir en dicha hipótesis. El gigante asiático, al apostar por modernizarse sin occidentalizarse, ha dado un vuelco a la conformación del futuro. En su interesante libro *The future is Asian*, Parag Khanna presenta un continente asiático con gran confianza en su futuro, que considera haber alcanzado la mayoría de edad y que no tiene la intención de seguir aceptando la tutela de Occidente¹¹. Aunque algunas potencias asiáticas puedan seguir coincidiendo con EE. UU. en concepciones políticas y estratégicas, ya no se puede esperar que ello suponga una alineación sistemática y leal de estas con Washington.

El ascenso de Asia se ve acompañado de una seria percepción de crisis en Occidente. Así se describe en el prólogo del Informe de Seguridad de Múnich, que se subtitula *Westlessness*, lo que podríamos traducir por desoccidentalización: «En 2019, los retos concretos de seguridad parecen haberse convertido en inseparables de lo que algunos describirían como la decadencia del proyecto occidental: hoy, el Occidente como lo conocemos es cuestionado tanto desde dentro como desde fuera. Parte del desafío es que hemos perdido una interpretación común de lo que significa formar parte de Occidente. Todo esto ocurre en el contexto del aumento relativo del mundo no occidental

¹⁰ FERGUSON, Niall. *Civilization. The West and the Rest*. Penguin Books, 2011.

¹¹ KHANNA, Parag. *The Future is Asian. Commerce, Conflict and Culture in the 21st Century*. Simon & Schuster, 2019.

y de un número cada vez mayor de desafíos y crisis mundiales que requerirían una respuesta occidental concertada»¹².

Una transformación tan radical del panorama internacional con un cambio de jerarquía en la cumbre entre Pekín y Washington, dos grandes potencias con cosmovisiones tan distintas, supondrá también alteraciones muy significativas de los sistemas de valores que regirán el mundo, si no en su totalidad, al menos en gran parte de él. La fragmentación ideológica está haciendo que el orden internacional liberal basado en normas de inspiración occidental que, hasta recientes fechas articulaba el orden mundial, esté perdiendo la condición de marco global. China y Rusia interpretan los valores occidentales como una amenaza para la estabilidad y supervivencia de sus sistemas de poder. Los éxitos y el poder de China no dejarán de influir en otros países que se distanciarán del modelo de Estado occidental. Esto está dando lugar a un mundo globalizado en tanto que interconectado e interdependiente, pero cada vez menos homogéneo en lo relativo a las creencias y estructuras referenciales que ordenan las sociedades, los Estados y, consecuentemente, la sociedad internacional.

Retos del orden multipolar de transición

El orden multipolar que da sus primeros pasos se presenta lleno de incertidumbres. El constante reacomodo en un contexto global fluctuante supondrá una enorme fricción geoestratégica con nuevos actores que aparecerán en escena y viejas realidades que se disiparán a un ritmo probablemente sin precedentes. Occidente está perdiendo la capacidad para configurar el entorno de seguridad internacional y tendrá que acomodarse a un papel crecientemente menos determinante. La capacidad de adaptación al cambio será, sin duda, una de las cualidades más necesarias para navegar en este viaje sin rumbo conocido.

¹² ISCHINGER, Wolfgang (embajador y presidente de la Conferencia de Seguridad de Munich). Munich Security Report 2020. Prólogo, p. 5. Disponible en <https://securityconference.org/en/publications/munich-security-report-2020>.

Existe la tentación de intentar convocar a todas las naciones todavía asociadas a los principios del orden liberal para crear un frente que se oponga al ascenso de las potencias autoritarias, viendo en algunos puntos débiles, como la actual crisis del coronavirus, una oportunidad para invertir las tornas. Este planteamiento tiene tres inconvenientes: en primer lugar, el conjunto de países democráticos es sin duda mayoritario, pero carece de intereses comunes sobre los que fundamentar dicha alianza; además, el declinar de Occidente viene acompañado tanto de su pérdida de prestigio como del deseo de las naciones no occidentales de sacudirse la tutela occidental, (el reciente pasado colonial refuerza dicho sentimiento emancipatorio); por último, un gran frente contra las naciones autoritarias daría a la confrontación el peligroso carácter pasional de los enfrentamientos ideológicos y de creencias, acrecentaría las actitudes represivas de dichos Estados y aumentaría la amenaza de una confrontación bélica de grandes proporciones en la que todas las partes tienen mucho que perder. ¡La paz está ahora mucho más amenazada que antes!

«Occidente debería ser capaz de defender el orden internacional liberal al tiempo que acepta que los cambios de poder globales traerán modelos competidores con los que el orden liberal tendrá que coexistir»¹³. Sin la necesidad de formar grandes frentes se podrán diseñar aritméticas variables para ir creando equilibrios de poder que limiten las ambiciones de dominio de unas potencias sobre otras.

Las naciones europeas, carentes de masa geopolítica crítica para ser actores de peso en el nuevo panorama global, corren el riesgo de caer en la irrelevancia y palidecer frente al empuje de las fuerzas emergentes. La única alternativa que se presenta para que Europa no pierda el control de su propio destino es dar un paso decidido hacia la integración de una Unión Europea que actúe como actor geopolítico con personalidad propia. Una Europa fuerte –todavía el mercado más importante del mundo– podría coordinar sus esfuerzos con los de EE. UU. sin constituir un frente, moderando a su vez la natural rivalidad ente Pekín y Washington. Un alineamiento de los países europeos sin más bajo el liderazgo norteamericano los dejaría en una posición muy vulnerable, a expensas de las embestidas de los colosos geopolíticos. Por otra parte, a China le resultaría muy fácil explotar las diferencias entre europeos para romper la cohesión del bloque occidental.

¹³ Munich Security Report 2020, p. 23.

Conclusión

Vivimos en un mundo complejo y contradictorio que no solo ha pasado de un orden internacional hegemónico a otro multipolar, con la consiguiente transformación que ello supone, sino que este último está marcado por la condición de ser una transición entre dos mundos muy distintos, lo que podría dar lugar a la mayor revolución de todos los tiempos.

A ello hay que añadir que la historia, en su proceso natural de aceleración del cambio, está comprimiendo el tiempo y forzando a las sociedades a procesos de adaptación de perfiles darwinianos. A muchos países les va a costar acomodarse en un contexto internacional tan fluctuante e imprevisible. Las generaciones más jóvenes, siempre que dispongan de una formación adecuada, se están convirtiendo en un capital geopolítico.

Después de quinientos años de liderazgo occidental del mundo, a las sociedades europeas les va a resultar chocante comprobar cómo otras civilizaciones, las asiáticas, van progresivamente ocupando el lugar de preeminencia global, con la inevitable promoción de sus propios valores y referencias civilizacionales. La desoccidentalización del mundo será una combinación de la emergencia del mundo no occidental y de una crisis propia.

Como era previsible, EE. UU. hace resistencia al ascenso chino, lo que de momento se está traduciendo en un guerra económico-tecnológica en oposición a las tendencias globalizadoras. Pekín, más paciente que Washington, tiene una estrategia a largo plazo y esperará su oportunidad. A mayor fricción propiciada por Occidente para alcanzar los objetivos que China se ha marcado para recuperar la centralidad perdida, mayor será también la factura que la gran potencia se querrá cobrar. La convocatoria de un gran frente democrático para contrarrestar el ascenso de los regímenes autoritarios tiene grandes posibilidades de producir un *efecto boomerang* contra las sociedades occidentales. Los países democráticos no occidentales se posicionarán, con todo derecho, según sus propios intereses, que no tienen necesariamente que coincidir con los de los Estados occidentales.

Europa solo podrá reclamar una voz en la reconfiguración del devenir global si decide apostar por una mayor integración de la UE con concesiones de soberanía y personalidad propia en los ámbitos de la diplomacia y de seguridad y defensa. Los Estados europeos por sí mismos ya no tienen masa crítica. En un gran bloque occidental liderado por Washington sin cohesión europea, las naciones del viejo continente serían la parte más vulnerable, expuesta, como diría un asiático, a la ira de los elefantes.

En un orden internacional donde convergen la rivalidad entre las grandes potencias, la crisis del multilateralismo, la contraposición de sistemas de valores y la fluctuación de los equilibrios de poder, la paz es el valor por excelencia a proteger. Esto exige una nueva cultura internacional de coexistencia. Los demás valores, siendo como son también muy importantes –y en gran medida deudores de que haya paz– deben cultivarse sobre todo en el seno de los propios Estados, teniendo fe en la fuerza de la ejemplaridad y permitiendo que lo mejor de cada sociedad resista las convulsiones de estos tiempos de tribulación y se preserve para las futuras generaciones.

José Pardo de Santayana
Coronel de Artillería DEM
Coordinador de Investigación del IEEE